

nueva afición á la vida militar. Desde esta noche fué muy amigo, demasiado amigo de la botella, que le hacía olvidar penosas emociones.

Y la fortuna no cesó de acompañarle en todos los combates. Al lado de Bartek marchaba la victoria.



CAPÍTULO SEXTO

TRANSCURRIERON algunos meses. La primavera había extendido su imperio fecundo en esperanza. Los cerezos mecíanse orgullosos vestidos de flores y hojas jóvenes. Los bien labrados campos cubríanse del verde manto que alegra el corazón del campesino.

Un día triste, pues sus recursos, siempre escasos, lo eran más de lo acostumbrado, Magda sentada cabe la puerta mondaba patatas para la frugal comida. Parecía afi-

gida y agitada por extraña inquietud. Deseando vencerla y distraerse, empezó á cantar con dego triste una popular canción:

¡Ohé! mi esposo está en la guerra.
¡Ohé! me escribe y yo también.
¡Ohé! porque soy su mujer. ¡Ohé!

Eran tantos los pájaros que revoloteaban por el huerto y cantaban con tanta fuerza que, confundida con las de ellos, apenas se oía la débil voz de la dolorida Magda. Melancólica dejó vagar su mirada por el perro que dormía tendido al sol y el camino que se extendía monótono, blanco. Y la mirada se perdió en el azulado confín de aquel camino largo, interminable, que cruzando campos guiaba á la mísera casa en que vivía.

Quizás miraba con tanta fijeza el blanco sendero porque era el camino de la estación... Dios tuvo piedad de la triste Magda; aquel día no miró en vano. Lejos, muy lejos, creyó adivinar un hombre que se acercaba. Protegiéndose los ojos con la mano puesta sobre las cejas á guisa de visera, esforzóse para ver y conocer. Imposible distinguir, pues el sol la cegaba: pero Lysek, el perro, despierta, levanta la cabeza, echa débiles ladridos, husmea el aire, y mira hacia el largo camino. Magda cree oír los acentos de sabida y amada canción. De un salto Lysek lánzase al encuentro del hombre que llega. Magda palidece.

—¡Bartek! ¿será Bartek?

Se levanta sorprendida y las patatas caen y ruedan por el suelo. No cabía duda; Lysek saltaba de alegría al rededor de su amo.

Magda grita con todas sus fuerzas:

—¡Bartek! ¡Bartek!

—¡Magda! ¡Soy yo! contestó el hombre echando á correr.

Abre la cerca, cruza saltando la huerta y temblando de emoción cae en brazos de su esposa.

La mujer le hablaba conmovida, incoherente.

—¡Ah! ¡y decían que no volverías! ¿Sigues bien? ¡Entrate en casa! ¡Franck es á la escuela! ¡Ahora los maestros son alemanes! ¡Está bueno, pero abre los ojos y mira fijo como miras tú! ¡Cuán necesaria era tu llegada: somos pobres, muy pobres! ¡la casa se hunde! ¿Sigues bien de salud? ¡Bartek, Bartek! ¡Deja que te mire otra vez! ¡Estoy harta de padecer! Los Chermystenistki me han socorrido. Pero... ¡Dios mio! ¿Estás bueno? ¡Cuán feliz soy volviendo á verte! ¡Cuán feliz soy! ¿Es éste mi Bartek? ¡No acierto á creer tanta dicha!... pero ¡Virgen Santa!... ¿qué tienes? ¿qué es esto?

Magda acababa de fijarse en una cicatriz que cruzaba la cara de su esposo desde la sien derecha al labio superior.

—¡No es nada! La debo á un coracero á quien di su merecido. Estuve en el hospital.

—¡Jesús!

—No tuvo importancia.

—Estás delgado que pareces un esqueleto.

—¡*Ruhig!* tranquilízate contestó Bartek.

Su rostro moreno y herido le daba el aspecto de legendario héroe. Pero las piernas se negaban á sostenerlo.

—Bartek, ¿qué te pasa? ¿Estás ebrio?

—No, estoy débil, nada más que muy débil.

Estaba débil, pero también ebrio. Una copa de aguardiente bastaba para embriagarle. De la estación á su casa había bebido cuatro copas. En la guerra adquirió vicios que antes no le afeaban.

—¡*Ruhig!* repetía, ya pasó la guerra. Ahora soy un señor, ¿comprendes?... ¡Admira! y le enseñó la cruz y las medallas. ¿Sabes qué deseo? *Links! Rechts! Heu! Stroh!* ¡Alto! (¡A la derecha!... ¡A la izquierda! ¡Heno! ¡paja!) Con tal fuerza y en voz tan recia pronunció el ¡Alto! que la mujer retrocedió asustada.

—¿Estás loco?

—Magda, *comment vas-tu?* El preguntarte *comment vas-tu?* quiere decir ¿sigues bien? ¡Ah! pero tú, pobre mujer, no sabes francés. *Musyu, Musyu!* ¿qué imaginas es un Musyu? Pues soy yo, ¿sabes?...

—Pero ¿qué te pasa?

—Y á ti ¿qué te importa? ¿*Was?* ¡trae la comida! ¿oyes?

En la cabeza de Magda ardían múltiples ideas.

—¿Qué país habitaste? ¿no entiendes el polaco? ¡Cuánto has cambiado! Con razón temblaba por ti. ¿Qué te han hecho? ¿quieres comer? ¡*Marchen!* ¡A casa!

Las voces de mando causaban en Bartek viva impresión. Al oír: ¡*Marchen!* se levantó, dejó que sus brazos colgaran á lo largo de su cuerpo enderezado, rígido; dió media vuelta y marchó en la dirección indicada.

Andando miró á Magda.

—¿Qué haces, Magda? ¿qué haces? ¡Adelante! ¡*Marchen!*

Entróse en la casa triste y pobre. El aguardiente se le subía á la cabeza y acabó por perder la razón. Cantando recorrió la casa buscando á su hijo, que estaba en la escuela, y de vez en cuando exclamaba: ¡Hijo, hijo querido! Reía, cantaba y gritaba: ¡Victoria! hasta que vencido por la embriaguez tendióse en el lecho y durmió.

Por la tarde levantóse más tranquilo, y libre la inteligencia de los efectos del aguardiente. Abrazó á Frank, y tomando de los míseros ahorros de Magda algunos *pfennigs* salió y encaminóse á la taberna.

Su llegada y hechos heroicos eran en Po-

guembin de todos conocidos. Soldados, llegados antes que Bartek, explicaban con admiración las proezas del héroe de Gravelotte y de Sedán.

Al saberse que Bartek el Victorioso estaba en la taberna, sus antiguos camaradas acudieron presurosos á admirarle y felicitarle. Bartek sentóse junto á una mesa. Era imposible reconocerlo; aquel hombre antes tan pacífico y amable hablaba recio, daba puñetazos á la mesa, juraba como un alemán y bebía como dos.

—¿Recordáis, hijos míos, la paliza que propiné á los franceses y lo que me dijo el general Steinmetz?

—Lo recordamos perfectamente.

—Hay quien elogia á los franceses, pero es un pueblo débil. ¿*Was?* Yo me los comía crudos. Huyen como liebres, y no beben cerveza sino vino, solo vino!

—¿Es posible?

—Cuando incendiábamos un pueblo, mujeres y viejos de rodillas, extendidas hacia nosotros sus manos suplicantes, gritaban: ¡*Pits!* ¡*Pits!* (1) (*¡pitié!* ¡*pitié!*) (2). En su lengua no significa lo que nosotros entendemos sino: ¡perdónanos! ¡no nos mates!... Y nosotros nos burlábamos de sus lamentos.

(1) En polaco significa beber.

(2) ¡Piedad! ¡piedad!

—¿Acaso no les entendíais? preguntó un joven.

—Tú no los entendieras, porque tú eres un... estúpido; pero yo los comprendo perfectamente: *Done di pen?* (¡esto es francés!) ¡Vamos á ver! ¡traduce!

—¿Qué significa?

—Dejémoslo. ¿No habéis visto París? Cada día se libraban encarnizados combates, y siempre vencíamos. Los franceses carecían de jefes inteligentes. Dícese que generales y oficiales son ineptos.

Matsyei, sabio anciano y habitante de Poguembin, dijo meneando la cabeza:

—Los alemanes han vencido en la lucha terrible, y nosotros hemos cooperado á su triunfo: ¿qué beneficios reportará á nuestra patria la victoria del imperio alemán? ¡Dios lo sabe!

Bartek clavó su mirada en el rostro del anciano.

—¿Qué decís?

—Los alemanes apenas se acordaban de esta infeliz nación polaca, pero ahora después de la victoria levantarán la cabeza orgullosos, altivos, cual si Dios no existiera. A fuerza de insultos sabrán degradarnos; y testigo de mi aserto es lo que en Poguembin presenciarnos.

Era tal la consideración, tan absoluta la confianza que los hombres de Poguembin

tenían al viejo Matsyei Kyerz, que se creyera insultarlo el dudar de su palabra. Pero Bartek el Victorioso, envanecido por sus hechos preclaros, creíase un ser superior. Al verle dispuesto á cuestionar con el sabio anciano sus compañeros intentaron disuadirle.

—¿Osarás contestar á Matsyei? ¿Qué intentas decirle?

—¡Y qué me importa Matsyei! ¡Acaso no he hablado con quien vale cien veces más que él! ¡He hablado con Steinmetz!... ¡Was! Matsyei miente. Afirmo que desde ahora Polonia progresará, que todo irá mejor.

Matsyei, mirando con aspecto tranquilo al Victorioso, le dijo:

—¡Pero tú eres un estúpido!

Bartek dió sobre la mesa tan tremendo puñetazo que danzaron vasos y botellas.

—¡Cállate! ¡*des Karl da!* ¡*Heu!* ¡*Shoh!* ¡Soldados! ¡Fuego!!!

—Calma, hombre, calma, no armes tanta bulla, dijéronle algunos bebedores; el tiempo dirá quién tiene razón.

—¿Quién es este viejo? ¿Tomó parte en reñidos combates?... ¡Yo, yo sí que he luchado y vencido! Afirmo, pues, que nos respetarán. ¿Quién ganó los combates? ¡Yo! Nada pueden negarme. Sería Par de Francia si hubiese querido serlo. El Gobierno sabe quien fué el que causó mayor daño á los

franceses. Sabe que nuestro regimiento era el más valiente, y lo confirman relaciones escritas. Los polacos han ganado... seremos respetados y queridos... ¿entendéis?

Kyerz, moviendo la cabeza en señal de duda, levantóse y salió. Bartek había ganado la primera batalla política. Los jóvenes que le rodeaban mirábanlo con respeto como á futura esperanza de la patria.

Bartek prosiguió:

—A no contar conmigo, sabe Dios cuándo el Gobierno hubiera acabado la guerra. El viejo Kyerz está loco. El Gobierno nos mandó combatir: yo luché y vencí.

Luego mostrando su cruz y sus medallas exclamó:

—¿Qué significa cuanto ostento? ¡Soy más, mucho más que un alemán, pues no hay alemán que tenga las que yo! He hablado con Steinmetz y Podbielski... ¡Venga cerveza!...

Los demás, prontos á beber, se acercaron á la mesa cantando:

¡A beber! ¡á beber! hasta ver
los bolsillos sin *thalers*.

Y Bartek sacando del suyo un puñado de pfennigs, gritó:

—¡Bebed! ¡soy rico! ¡Qué! ¿no lo tomáis?

—No; es dinero francés: quemaría nues-

tras manos: Dios sabe de dónde procede... ¡quizás de... franco-tiradores!

Los rostros de los bebedores asaz alegres, cambiaron súbitamente al ver que Bartek lloraba diciendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡tened piedad de mi alma pecadora!

Apoyando los codos en la mesa, escondió el rostro entre sus manos y calló.

—¿Qué tienes? preguntóle un compañero.

—¡Me pesa! murmuró Bartek. Pero ¿acaso fui yo quien les hizo prisioneros? ¡Cuánto padecí por ellos! ¡Eran polacos! ¡Señor, misericordia! Uno era robusto y moreno; el otro pálido, delgado como una niña... Al despuntar la aurora del siguiente día les cubrió la tierra indiferente... y eran jóvenes, y podían vivir largos años... ¡Aguardiente! ¡traed aguardiente!

Reinaba profundo silencio, los hombres se miraban asombrados:

—¿Qué ha dicho?

—¡Será la voz de la conciencia que le reprende crímenes antiguos! contestó uno.

—Cuando un hombre ha ido á la guerra debe beber, refunfuñó Bartek.

Y bebió aguardiente una, dos, tres copas, y renació la perdida alegría, y gritando preguntaba:

—¿Quién habló con Steinmetz? ¡Yo! ¡Victoria! ¡a beber! ¿Quién paga? ¡Yo!



¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo
Magda desabrochándose el cuello del vestido

—¡Tú pagarás, borracho! gritó la voz de Magda. ¡Tú pagarás, desgraciado!

Bartek clavó en la recién llegada sus ojos.

—Dime, ¿hablaste con Steinmetz? ¿Quién eres?

Y la infeliz mujer dirigiéndose á los hombres se lamentaba diciendo:

—¡Dios mío! vosotros sois testigos de mi vergüenza y de mi desgracia. Vile llegar, henchido el corazón de alegría indecible, ¡y llegaba ebrio! ¡Se ha olvidado de Dios y de Polonia! ¡Llegó, acostóse y durmió! Hoy bebe malgastando mis escasos ahorros, mísero fruto de penoso trabajo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya no es cristiano: es un hombre, un alemán, un bribón, un borracho, un demonio... es un...

La mujer lloraba.

—Antes era estúpido, pero bueno. Ahora ¡qué han hecho de mi antiguo esposo! De la mañana á la noche soñaba el feliz instante de su regreso. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Vuelve, vuelve á Alemania!

Bartek contestó indiferente:

—¡Tranquilízate! Ya saldaremos cuentas... Espera.

—¡Pégame, corta mi cabeza, conviértete en asesino! dijo Magda presentando la cabeza y desabrochándose el cuello del vestido. Luego dirigiéndose á los hombres añadió:

—¡Y vosotros contemplad impasibles sus hazañas!

Estos empezaron á desfilarse. Al breve rato la taberna quedó vacía. Bartek al lado de su esposa, y ésta inmóvil inclinada la cabeza y desnudo el cuello.

—¿Por qué extiendes tu cuello desnudo? dijo Bartek... ¡A casa!...

—¡Mátame! ¡corta mi cabeza!

—¡No, no quiero cortarla! y metióse las manos en los bolsillos.

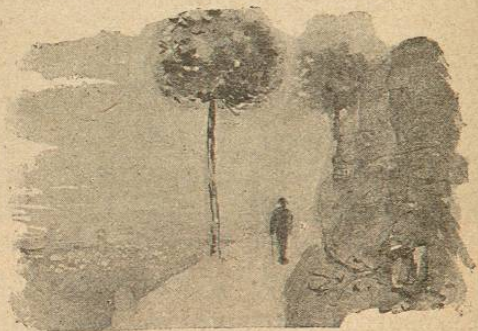
Deseando acabar esta escena, el tabernero apagó la última luz, y en la triste obscuridad oíase la voz de Magda repetir entre gemidos:

—¡Corta mi cabeza!

Y Bartek que orgulloso contestaba:

—¡No, no quiero cortarla!

Vagamente iluminados por la pálida luz de la luna viéronse dos sombras, dos personas salir de la taberna. La primera era Magda, que lloraba y se lamentaba en alta voz. Tras ella silencioso, humilde y tambaleándose el vencedor de Gravelotte y de Sedán.



CAPÍTULO SÉPTIMO

La debilidad enseñoreóse de Bartek hasta el punto de impedirle trabajar, lo cual era grave contratiempo, pues la hacienda necesitaba la mano robusta de un hombre. Magda trabajaba de la mañana á la noche. Sus vecinos pobres la ayudaban en la medida de los escasos recursos con que contaban. La ruina amenazaba á aquel mísero hogar. Magda pidió á préstamo dinero á Justo, alemán que habiendo llegado á Polonia al parecer sin un céntimo, enriquecióse prestando dinero á